

# *Revista de Cancioneros Impresos y Manuscritos*

número 6 - año 2017

ISSN: 2254-7444

## ARTÍCULOS

***Conservare criticamente è, tanto quanto innovare, un'ipotesi. La edición de textos de tradición única (desde la perspectiva gallego-portuguesa)***

Mariña Arbor Aldea

1-25

**«Justa fue mi perdición»: The Context, Authorship and Abiding Popularity of a Courtly *Canción***

Roger Boase

26-39

**Soggettività ed emotività nella poesia realistica medievale: dai trovatori al Duecento italiano**

Simone Marcenaro

40-71

**El *Juego Trobado* de Jerónimo de Pinar: Datación del poema e identificación de los miembros de la Casa Real**

Óscar Perea Rodríguez

72-114

**El *Llibre de cançons*, un cançoner cinccentista desconegut**

Albert Rossich

115-243

**Los poemas castellanos del *Túmulo Imperial de la gran ciudad de México (1560)*. Edición y comentario**

Víctor Manuel Sanchis Amat

244-273

## RESEÑA

***Cartapacio de Pedro de Penagos (Real Biblioteca de Madrid, II-1581)*, ed. José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco**

Óscar Perea Rodríguez

274-278

***Cartapacio de Pedro de Penagos (Real Biblioteca de Madrid, II-1581)*, ed. José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, con prólogo de Antonio Carreira y estudio de Abraham Madroñal, Moalde, Editorial Cancioneros Castellanos, 2015, 394 págs.**

La fértil labor de difusión de la lírica cancioneril efectuada por la editorial Cancioneros Castellanos engalana su colección con un nuevo y fino trabajo publicado. En esta ocasión, se trata de una antología poética aurisecular, conocida desde antaño en la academia con el nombre de *Cartapacio de Penagos*. Sin embargo, los integrantes del prolífico dúo editor de cancioneros, José Labrador Herraiz y Ralph DiFranco, no tardan en descubrirnos con su investigación las inexactitudes de la denominación por la que el cartapacio ha pasado a la fama. Así, según sus pesquisas en archivos y bibliotecas cuyo fruto se recoge en este trabajo, Pedro de Penagos no parece haber sido el autor material del mismo, sino su hermano Baltasar, como explican con pulcritud los editores (15-26). Tirando de los hilos abiertos por el benemérito Arata, los editores deshacen la confusión en el nombre *Cartapacio de Penagos* y la hacen responsabilidad de Entrambasaguas. El camino iniciado por los editores guía al lector hasta llegar a los hermanos Penagos, originarios de Cantabria pero asentados en la villa de Toro desde la segunda mitad del siglo XVI. De ellos, solo Baltasar fue ocasional poeta, no su hermano Pedro, si bien en realidad hay que agradecerle a este último que fuera un escribano con ínfulas literarias, pues la fortuna de sus gustos estéticos fue lo que lo llevó a compilar gran parte del *Penagos*, además de colaborar en otro de los más conocidos cartapacios de la época, el de Morán de la Estrella.

Antes de las páginas en que se halla esta sin duda originalísima aportación a la investigación de cancioneros auriseculares, el lector puede asimismo disfrutar del tan erudito como ameno prólogo de Antonio Carreira (pp. 11-14). En él se desgranar los pormenores de la confección escrituraria del cartapacio, enfatizándose el hecho de que la evolución del mismo se evidencia ya en la propia tabla, donde podemos hallar

trazos de los diferentes copistas que lo fueron perfilando. Asimismo, también señala Carreira cómo el inicial vigor ornamental de hermosas capitales y elegante caligrafía va perdiendo fuelle de forma paulatina, característica compartida con otros códices de semejante proceso compositivo, en los que la calidad de los textos y las lecturas ofrecidas las más de las veces son un quebradero de cabeza ecdótico. A destacar, por último, la ingeniosa demostración de que el escriba del postrer cuadernillo inserto en el *Penagos* fuera con toda probabilidad portugués, por algunos rasgos lingüísticos dejados como rastro y por la inclusión de poetas en esta lengua, maniobra que sin duda se efectuaría para buscar nuevas afinidades entre los dos reinos ibéricos recientemente unidos y cuya incipiente identidad común necesitaba de estos esfuerzos culturales para ser construida.

Labrador Herraiz y DiFranco no han escatimado esfuerzos en desentrañar cómo se realizó el cartapacio en sus detalles más codicológicos (pp. 28-41), sino también en averiguar la siempre interesante ruta del mismo hasta las baldas de la biblioteca del Conde de Gondomar. Gracias a esta precisa labor arqueológico-libraria, en especial por su profundo escrutinio de la correspondencia del Conde de Gondomar, han desechado la vetusta hipótesis de Menéndez Pidal sobre el origen salmantino de este cartapacio y de otros en los que Gondomar y la ciudad de Toro —y, con ella, Baltasar de Penagos— desempeñan un papel crucial en su transmisión. En resumidas cuentas, por encima de su complicadísimo devenir codicológico, por detrás de sus diversas encuadernaciones, guillotinas, pérdidas de folios y vericuetos del destino, el cartapacio que se conserva hoy en la Real Biblioteca responde a la labor de recopilación poética efectuada por aquél desde la postrera década del Quinientos y completada por los sirvientes de la biblioteca del Conde de Gondomar en los años iniciales de la siguiente centuria.

La estructura del cartapacio parece clara: primero, los sonetos «y otras composturas», las 175 primeras composiciones del códice, entre las que se agavilla una muestra muy representativa de la enorme riqueza estrófica y temática de la lírica aurisecular. Sería imposible recoger todos y cada uno de los casos en los que la

brillantez de los poetas recopilados en el Penagos es notoria y manifiesta. Valga como pequeña muestra la primera estrofa de esta sencilla pero emotiva lamentación de Luis Barahona de Soto (nº 124, p. 148, vv. 1-9):

La vida no la apetezco  
por ber que dejarte quiere  
y a la muerte que te yere  
la maldigo y aborrezco.  
Y por ber  
que a la vida as menester  
a la vida buelbo a amar  
y a la muerte a sobornar  
porque estás en su poder.

Después de degustar diversas coplas reales, octavas, tercetos, quintillas y redondillas, llega el segundo turno de composiciones, un abigarrado grupo de poemas —127, numerados del 176 al 303—, en el que sobresalen los romances y las letras. Esta parte destaca sobre todo por el exquisito cuidado con que Baltasar de Penagos quiso copiar el cartapacio, pues no en vano estaba destinado a ser fraternal regalo a su hermano Pedro. De nuevo escogemos saborear los textos editados a través de un conocido romance de Lope de Vega (nº 240, p. 253, vv. 1-12):

Vna bella pastorçilla,  
querida por ser tan bella,  
casada con un cabrero  
menos maliçioso que ella,  
de codiçiosa y olgada,  
por no estar oçiosa y queda,  
a escusa de su marido  
vn tratillo aparte hordena.  
Y aunque con poco caudal,  
no menos que otra granjea  
que tiene buen pico y gracia,  
çebo con que ya se pesca.

Tras los romances y letras, el Penagos continúa con las composiciones de un grupo de poetas de entre los que quizá sobresalgan los nombres de Gaspar Aguilar,

fray Lucas Zarco de Morales, Miguel de Carrión, Gregorio Silvestre y la poeta Bernarda Ferreira de La Cerda. Sin embargo, aquí ya no hay rastro de la relativamente bien organizada intención de Penagos, porque los cuadernillos fueron añadidos con posterioridad por otros miembros del círculo literario del Conde de Gondomar.

Es preciso destacar la originalidad de los materiales editados aquí por Labrador Herraiz y DiFranco. En el *Penagos* hay algo más de dos docenas de testimonios únicos de Lope de Vega, entre los que destaca su intercambio poético con el predicador Miguel Cejudo, muy poco conocidos por la crítica. Entre ellos destacan los que el cartapacio llama *Cosas portuguesas*, y que se corresponden a esa muy poco estudiada relación entre la lírica portuguesa y la castellana durante la época de la unión ibérica, pero que cuenta con ejemplos tan bellos en términos líricos como este *Soneto a vna ausência* (nº 437, p. 317, vv. 1-14):

Sufrir da pátria vn mísero desterro,  
naufrágios polo mar, perdas na terra  
prolixo tempo, a enfadosa guerra  
castigo duro sem cometer erro.  
Tormentos mil a fogo, sangue e ferro  
todos os descontentos que en si encerra  
a vida com pobreza senão erra  
quem chama vida o com que vida aterro.  
Largas enfermidades sem remédio,  
falta de fé, palaura nos amigos,  
conversações forçossas sem prudência,  
falta de mantimentos, largo asédio,  
perseguições terribles de enemigos  
isto hé, mais não se iguala ao mal de ausência.

Es posible que el buen puñado de anónimos que figura aquí sean miembros del círculo intelectual surgido alrededor del Conde de Gondomar, hallándose sus composiciones mezcladas con las de otros de mucho mayor renombre, como Liñán de Riaza, Barahona de Soto, Espinel, Góngora, fray Melchor de la Serna y Gonzalo Pérez. Todos ellos aportan el resto de las casi dos centenas de poemas de las que este cartapacio también representa el único testigo de su existencia. No en vano, el estudio

de Abraham Madroñal que precede a la edición de los textos (83-98) se centra en las relaciones de proximidad de todos estos poetas con las modas al uso en la lírica de la época, si por veraces se pueden tener las palabras que Cervantes pone en boca de Don Quijote (II, 18) acerca de que «la glosa podía llegar al texto», o casi mejor, que «las más de las veces iba la glosa fuera».

Los correspondientes índices de consulta, preceptivos en cualquier edición de texto que se precie de llevar la vitola de científica con ella, junto a la bibliografía y a algunos útiles apéndices, ponen el notabilísimo colofón a una más de las muchas ediciones de textos poéticos del Siglo de Oro con las que Labrador Herraiz y DiFranco nos ayudan a profundizar en el conocimiento del gran universo de la lírica áurea. Como es su sana costumbre, la nueva edición no defraudará a sus lectores, por aunar pulcritud y sencillez escrituraria con rigurosidad académica, de la forma que es característica en los cancioneros que se editan e imprimen en esta colección editorial.

Óscar Perea Rodríguez  
Lancaster University